

HA llegado a su Bilbao nativa la noticia de la muerte de Ramón de Basterra. La triste nueva ha levantado en los pechos amigos un tropel de recuerdos. La generación que en Vizcaya acaba de trasponer la mitad del camino de la vida no puede olvidar fácilmente a Ramón. Casi un niño, se inició en el cultivo de las letras en una Bilbao todavía hosca a las disciplinas del espíritu. No habían pasado aún los tiempos en que Unamuno provocaba tempestades de protestas al levantar su voz profética sobre la mitad del camino de la vida. ¡Beocios!, les increpaba agriamente D. Miguel, aunque trocara más tarde la invectiva en ditirambo, al recordar que beocio fué Pindaro, y beocia su lírica grave, austera, religiosa. En la acometividad candente, de fragua, de Unamuno, y el desprecio frígido, de la fuente lírica de Iturrigarria, el presbítero poeta, templó Basterra el acero de su espíritu para hundirlo con amorosa crueldad en la entraña pacata de su pueblo. De entonces son sus gestos y sus palabras más duras; de entonces sus versos más incisivos, en *El Coitao*, corrupción local de cuitado, que editaba la naciente Asociación de Artistas Vascos; de entonces una conferencia detonante, que como recuerda hoy aquí, en Bilbao, Joaquín Adán, fué vendida, en un sarcasmo acertado, al precio de tres céntimos. Ramón mismo llevaba a las librerías las monedas de dos céntimos para que nadie se marchara sin las vueltas. Fueron luego sus viajes, aún ajeno a la carrera diplomática. Sus recaladas en Bilbao traían siempre, como la enseña de los barcos que vuelven a nuestra ría, la presencia tácita de cielos universales. Fácil a las mejores sugerencias, volvía de Bélgica con aspecto humilde y traducciones de Verhaeren; de Alemania, con la tiesura de un aprendiz de Goethe, soñando en aclimatar un pequeño Weimar al socaire de Archanda. Y luego, ya diplomático, enviaba artículos y versos a *Hermes*, la revista desaparecida. Los *Paseos Romanos*, publicados en ella, fueron el germen de las *Ubres luminosas*. En Rumanía llevaba su patriotismo hasta sentirse unido a la obra de Trajano, título de uno de sus libros. Devuelto a su tierra nativa, el descanso se le convertía en un constante laborar literario. En pocos meses dió a la estampa *Las ubres luminosas*, *La sencillez de los seres* y *Los labios del monte*, tres volúmenes de poesías. No tardó en ver la luz la primera parte de su poema *Virulo*, cuya segunda apareció no hace mucho.

En Venezuela publicó los *Navíos de la*

LA MUERTE DE UN POETA

Ramón de Basterra



Ramón de Basterra

Por Almada

Ilustración, historia, trasustanciada en poesía, de la Real Compañía Guipuzcoana, de Caracas. Dos libros de prosa y varios de verso es la obra que deja, lograda al precio de la enfermedad y de la muerte. Emocionante espectáculo el de la vida de Basterra, balanceándose trágicamente en un hilo de luz purísima sobre el abismo en que había de precipitarse.

Basterra, atraído por la luz ecuménica de Roma, no pudo nunca desasirse de las vertientes de su azul Pirineo. Y así, mientras con ansia de liberación de lo comarcano, canta en *Las ubres luminosas* a la cultura grecolatina, una cultura grecolatina un poco para su uso, lo que bien se le puede permitir a un poeta, no permanece insensible a la humilde belleza de su tierra, para la que son, quisiera o no, sus mejores aciertos. De sus libros, ninguno más corto de intención que *La sencillez de los seres*; pero,

en cambio, ninguno alcanza una tan rara perfección formal y un acento lírico tan íntimo. Donde menos quiso poner fué donde más puso. Más limpio que ningún otro de resabios eruditos es en este libro donde su estilo, de un atormentado barroquismo, alcanza la máxima belleza. Las influencias están más decantadas—tan sólo una, demasiado directa, de Guerra Junqueiro—, y las imágenes fulgulan libres del lastre excesivamente discursivo que otras veces las acompaña. En este libro se emparejan, como nunca hasta él se habían emparejado, las más selectas y difíciles maneras del castellano—Góngora y Quevedo—a las sutilezas más delicadas de algunos franceses contemporáneos.

En *Los labios del monte* intenta sembrar de significaciones históricas los flancos del Pirineo. Se observa en esas páginas algo iniciado en *Las ubres luminosas* y muy peculiar de su poesía, cierto prurito discursivo y didáctico, que tendríamos que ir a buscarlo, salvando tantas diferencias, en D. José Manuel Quintana. La *Oda a la vacuna* no ha sido del todo ajena a la poesía de Basterra. Ese discursar en verso es algo que puede explicar muchos de sus aciertos y sus quiebras. Lo terrible de la poesía discursiva es que el poeta tiene que soportar la objeción en prosa del lector.

En *Virulo* se acentuó todavía ese prurito. *Virulo* pretende ser el poema cultural, sin quitar a la palabra su olorillo germánico. *Virulo* había salido del Fausto, como el *homunculus* de la retorta. Un *homunculus* vestido con atavíos de Valéry y otros de moda más atrevida. En *Virulo* se percibe como una trágica dualidad. A lo discursivo no hay más remedio que oponer las más seguras y prosaicas razones; pero de entre la lógica descarriada saltan imágenes y metáforas de sorprendente belleza, ante las que no queda sino rendirse. *Virulo* es la imagen literaria y disminuida del poeta que nos deja. Sus amigos no podemos olvidarle. Nos angustió demasiadas veces verle como a un acróbata arriesgado jugarse la salud sobre la arista de un vocablo, para que su muerte no nos haya dolido con ese amargo dolor que nos invade cuando se cumple lo que tantas veces se ha temido.

¡Que la tierra vascongada, numen tantas veces de sus versos, y a la que traen sus despojos, le sea leve!

Joaquín de Zuazagoitia

(El Sol, Madrid).

Glosas

=De ABC. Madrid=

Ludus pro Germania.—A lo ocurrido en Viena, con motivo de los festejos centenarios de Schubert, se le viene atribuyendo—en los periódicos y en los comentarios orales que zumban, en estos días, en todas las estaciones, playas, alpes y balnearios de Europa—suma gravedad. Todavía no se le atribuye bastante. Porque no son todos sabedores—o, si lo son, no lo tienen bastante en cuenta—de lo virulento que puede resultar en ocasiones el acto sencillo de cantar. La atención de los comentaristas suele apoyarse en el contenido y en las alusiones de los discursos. Más, de no haberse pronunciado ningún discurso, la emoción hubiera sido ciertamente idéntica. Después de todo, lo que emociona en los discursos, es también su música o canción...

Me acuerdo de haber escrito—en cierto centón de dictámenes sobre los grandes protagonistas de la cultura, reunidos bajo la enseña del *Valle de Josafat*—que Schubert representaba, entre los músicos, entre los hombres, al hombre, al músico de la

fraternidad. Y quien mejor despertaba el embriagador sentimiento de compañía. Y quien daba, con sus canciones, el sentido del camarada, que, apoyado en el brazo de un camarada, avanza virilmente por un camino... No es culpa de nadie, ni está en manos de nadie evitar que, hoy, este camino entre los pueblos cuya reunión dibuja el contorno de una Alemania reconstruida, lleve a la *Anschluss*.

No olvidemos nunca que la verdadera unidad de la antigua Grecia, por encima de las diferencias, rivalidades y resabios locales, se realizó por modo lúdico, a través de juegos y de certámenes. Lo que un día trajo la unidad helénica, puede traer la unidad germánica, a la hora actual. Incluso la mutación del instrumento, la variación en la especie del deporte, resulta para el caso adecuada. Entre ciudades mediterráneas, el juego fautor de fraternidad se apreció con los ojos, fué atlético y gimnástico, cosa de estatuaria. Entre las bárbaras tribus, es hoy

juego coral y musical y se capta con los oídos.

Se capta con los oídos, impulsa, tal vez, a la danza, y, por ventura, a través de la danza, al combate... Dionisios, en Viena, empieza a estas horas a renovar el papel de Apolo en el Istmo.

Stefan George.—Este mismo mundo germánico, que celebra, con cánticos de resonancia universal—y, diríase, prolongada en una especie de retumbar de trueno—, el centenario de Schubert, celebra también—más reducida, recogida y críticamente, sin duda—los sesenta años del poeta Stefan George.

Encontraríase gran interés en un paralelo entre los destinos de Stefan George y de Paul Valéry. Entre ambos deben de tener—año más, año menos—la misma edad. Hombres que empiezan a florecer cuando el Fin-de-Siglo, que el Fin-de-Siglo coloca, con interina incompreensión, en lugar secundario, porque guardan dentro de sí alguna cosa opuesta a las dilecciones de la época, y tal vez superior a las mismas; más finas que ellas, desde luego. Y que, más tarde, cas